

## OCTUBRE

Leer junto a los que amamos, leer junto a los hijos.

En tiempos remotos, la palabra se hacía magia junto al fuego y las estrellas, curiosas, buscaban el calor humano, sólo por el placer de escuchar los cuentos susurrados junto al hogar.

Los ojos de los niños brillaban y agarraban a los adultos, con las manos llenas de ilusión. En aquellos momentos la literatura se convertía en un momento de comunicación verdadero. La palabra convertida en hecho literario es ante todo expresión de sentimientos, y no llegamos a amar la lectura de un libro si no sentimos la emoción ante lo leído.

Así creo que el momento irrepetible y lleno de emociones indescriptibles en el que un padre o una madre lee o cuenta una historia a un hijo es el verdadero acto que anima a leer.

No podemos crecer desprovistos del mundo del pensamiento, de la imaginación, de las sensaciones que nos aportan las historias.

Y es que los cuentos no fueron escritos o dichos para llenar un tiempo de ocio, para pasar un rato cuando ya hemos acabado las cosas importantes de la vida; es decir, el trabajo, los quehaceres domésticos, las compras, los compromisos sociales, etc. Los relatos, las historias de vida, los refranes, trabalenguas y demás textos del llamado folclore infantil, fueron creados para hacer que el crecimiento de los niños fuese equilibrado. No podemos alimentar el cuerpo, dejando a un lado el espíritu. Hay siempre un momento en el día que debe ser especial. Debemos propiciar la comunicación emocional que solo se da plenamente cuando leemos o hablamos juntos los miembros de una familia o núcleo vivencial. Ese momento en el que las estrellas vienen a escuchar las historias a nuestro lado, no debe faltar en la vida de nadie. Los ritos son fundamentales en el desarrollo de la comunidad y la lectura, la hora del cuento, el momento íntimo de la palabra es un rito, o no tendrá significado en el crecimiento.

Todos estamos llenos de recuerdos que van más allá de lo vivido, si hacemos un esfuerzo recordaremos hechos que se relacionan con lo literario y no con lo vital. Cada persona va forjando una biografía literaria que conformará su imaginario del mundo, su manera de ver la vida y su forma de enfrentarse al mundo del pensamiento y de los libros. No podemos cercenar este derecho a los niños y niñas. Ellos deben crecer acariciados por los cuentos, arrullados por los versos, mecidos por los bellos ritmos de las palabras convertidas en literatura.

Un día, en una conferencia, una madre me confesó que su hija le pedía un cuento cada noche, pero ella no tenía tiempo. Es fatal tener que decir una frase como esta. El tiempo para la comunicación es imprescindible. Es más, un niño jamás podrá asumir la realidad si no ha podido transitar sin dificultad el mundo

de lo imaginario. Tendremos en cuenta que contar una historia, que recitar un poema para alguien es un hecho afectivo, es una caricia regalada con la voz. Los cuentos nos curan. Los cuentos nos hablan de verdades. La historia narrada junto a nuestros seres queridos, junto a quien nos cuida, nos ayuda a crecer, a superar los miedos, a comprender el sentido que tiene este tránsito por la vida.

Porque contar un cuento es perpetuar ese tesoro de monumentos que es la palabra como creación de belleza.

Ernesto Rguez. Abad